



PRIMER RETO DE MICRORRELATOS

ONLINE

“LA CAJA DE HIERRO”

**UNIVERSIDAD POPULAR
OCTUBRE 2021**

ÍNDICE

LA CAJA DE HIERRO	David Santiago	4
LA ESCENA FINAL	Ángel Rodríguez García	5
LA HERENCIA DEL TÍO ALFREDO	Margarita Gozalo	6
LA PROFECÍA	José Manuel Morales Bellido	7
LA CURIOSIDAD MATÓ...	Asun Aroca	8
LA LLAVE HUÉRFANA	Isabel Casillas	9
BESOS PERDIDOS	José Antonio García Fera	10
¡HAY QUE ESTAR MÁS AL LORO!	Jordi Fornos Vicens	11
EL CICLO DEL FUEGO	Víctor M. Jiménez Andrada	12
CASO SIN RESOLVER	Belén Gómez	13
FUEGO	Concha Ibáñez Montero	14

LA CAJA DE HIERRO

Aparecida entre media de unos escombros bajo el intenso fuego. Guardando un importante secreto bajo lo que eran los restos de una fábrica de maquinaria de ingeniería.

Es encontrada por unos obreros tras dar los bomberos el visto bueno. Y con muchas prisas e interés por los secretos que albergaba.

Rápidamente, unas manos se intentan abalanzar sobre ella. Dicen las sospechas que por un secuestro acontecido meses antes en un populoso mercadillo de una ciudad muy conocida de los alrededores de Barcelona.

Por la naturaleza de la caja, las sospechas son multitudinarias. Todas interesadas en tanto, como sus potenciales poseedores, aparte de las fuerzas y cuerpos de seguridad del estado

¿Quién sabe si son piezas de un nuevo producto o proyecto industrial?

David Santiago

LA ESCENA FINAL

Marta y Hugo compartían vehículo casi siempre, compartían vivienda casi siempre, compartían cama casi siempre, también trabajaban en el mismo sitio, podría decirse que, casi siempre estaban juntos. Salvo ese día.

Paco Revuelta era dueño de un almacén de productos plásticos. En ese lugar junto a la costa, proliferaban las explotaciones agrarias, los invernaderos se habían extendido en los últimos años y el negocio de Paco marchaba muy bien.

El infortunado accidente le había dejado como secuela, una leve cojera a Beatriz. Cinco años antes, su marido murió en el mismo accidente y desde entonces ella daba clases de yoga a los turistas, muchos le propusieron matrimonio, pero Beatriz se reía y practicaba la postura del árbol.

A Benigno no le gustaba su nombre, decía que para su profesión era un lastre y que no inducía respeto ni temor. Pasaba largas horas ejercitándose en el gimnasio del cuartelillo y muchos lo llamaban Rambo, cosa que le hacía sentirse respetado. En el diario local, a propósito del salvamento de un perro, un periodista tituló la noticia así «*El policía local Rambo Ramírez evita la muerte de un perro*».

Todos estaban en la sala, el comisario Galán y el juez de paz les habían citado. Rodeaban una caja negra sobre una mesa. «*Ya hemos leído lo que ustedes han escrito en el papel, ahora abriremos la caja y comprobaremos lo que contiene*». El juez de paz miraba fijamente a Beatriz. Marta y Hugo se agarraban de la mano, y no quitaban la vista de la caja sin cerradura. Paco meneaba su pie derecho apartando una pequeña flor del trayecto hacia la caja y Rambo, en posición de descanso, observaba sus bíceps con admiración y suficiencia.

Ángel Rodríguez García

LA HERENCIA DEL TÍO ALFREDO

Que tío Alfredo tenía fama de tacaño, todo el mundo lo sabía. Era cierto que en los últimos años había vivido con inexplicables estrecheces... Esa circunstancia era sorprendente, puesto que era sobradamente conocido su ojo comercial y la habilidad con la que había ido amasando una pequeña fortuna. Algunos interpretaban sus penurias como un rasgo de tacañería, acentuado por la vejez. Lo cierto es que la fortuna lo había abandonado y, para no llevar la contraria, muchos de sus antiguos socios y amigos, se habían esfumado también. Al final, su carácter se había avinagrado y las escasas veces que sus sobrinos le visitaban, su casa les parecía fría e inhóspita.

Tras su muerte, sus herederos se habían afanado el revisar y registrar cajones y documentos. El viejo almacén de telas era la última esperanza para su codicia. Por eso les resultó tan dramático que este ardiera una madrugada, de forma inexplicable. Afortunadamente no hubo víctimas y los bomberos lograron sofocar el fuego pero, el efecto de las llamas fue devastador. Solo quedó una extraña caja metálica que se convirtió en la última esperanza para los sobrinos de Alfredo. Era muy sólida, como una caja fuerte y fueron incapaces de abrirla hasta que, a mitad de mañana, apareció una señora mayor a la que nadie conocía. Era alta y delgada, caminaba apoyada sobre una muleta y tenía la mirada perdida. Se ofreció a abrir la caja, pero puso como condición: que le permitieran quedarse con algo que era suyo. Solo se trataba de un viejo disco de Gardel.

Con gran facilidad encontró el mecanismo que abría la caja y extrajo de ella el CD por el que había preguntado. En su portada se podía leer una cariñosa dedicatoria. Nadie le puso ninguna pega, todos estaban deseando que abandonara el almacén para abalanzarse sobre los sobres y documentos que llenaban la caja. Al final, el balance fue decepcionante. Los herederos solo encontraron alguna escritura antigua y unos euros que escasamente les permitieron cubrir los gastos del entierro de su tío.

En el coche, la anciana soltó el bastón y en un momento se había quitado las lentillas medio-opacas y se había cepillado el cardado estilo años 70. Aparcó junto al portal del tío Alfredo y subió las escaleras de dos en dos hasta el apartamento que los porteros solían tener en el ático del edificio. Una vez allí, introdujo en la ranura de su ordenador el preciado recuerdo. La voz de Gardel se hizo esperar. En su lugar, un largo documento en PDF detallaba los contenidos y la ubicación de una amplia colección de cuadros y joyas, las claves de cuentas bancarias ubicadas en paraísos fiscales y las cantidades que quería asignar a distintas ONGS.

Concluidas las transacciones, la misteriosa mujer le había dado un sonoro beso a una foto en la que se la veía posando con Alfredo junto a la torre de Pisa.

Desde el ático de la portería, se había permitido asesorar a los sobrinos sobre las personas a las que podían contratar para atender a su tío en sus últimas semanas. Ninguno de ellos la había reconocido, ni se habían percatado de que aquel edificio hacía muchos años que no tenía portero.

Margarita Gozalo

LA PROFECÍA

Cuando los bomberos abandonaron el almacén solo quedaba cenizas y destrucción. Acordonaron la zona y se hizo cargo de la seguridad un vigilante privado que no tardó en volver a su coche a dar una cabezadita. Los curiosos, aburridos, volvieron a sus casas. Pueden más unos estómagos vacíos que esperan una cena, a un montón de cenizas aderezadas con el humo asfixiante que teñía de gris el negro de la noche.

Unas diez personas aparecieron de entre los árboles dispuestos a hacerse con una caja de hierro que, inevitablemente, habría pasado inadvertida para los bomberos, pues estaba escondida en un pequeño habitáculo que recordaba a una caseta de perro, situada en una de las esquinas del almacén.

Pisaron sin cuidado sobre la ceniza aún candente y el más aguerrido de ellos soltó un grito de dolor al sentir la quemazón en la yema de los dedos. El resto sonrió al tiempo que dirigía su vista hacia el vehículo del vigilante, al que no habría despertado ni un terremoto. Todos conocían el contenido de la caja.

Como hienas se arremolinaban alrededor del objeto de sus deseos sin atreverse a tocarlo por temor a la temperatura del hierro. Finalmente, ninguno se resistió a intentarlo, aullando todos de dolor al contacto con un mineral que se resistía a fundirse. Desanimados, se fueron distanciando.

Con un vestido blanco, impoluto, apareció la única niña albina que nunca antes había nacido en el pueblo. Le abrieron paso, pues conocían de sobra la leyenda. Jennifer caminaba lenta y segura, se agachó y abrió la caja sin ninguna muestra de sufrimiento. Un anillo verde esmeralda refulgía en el interior de la misma. Le encajó a la perfección en su dedo anular. Sus diez paisanos la cogieron en volandas y la llevaron a la plaza en procesión, bajo unos cánticos arrulladores tantas veces ensayados.

A la mañana siguiente se cumplió la profecía. El cielo se abrió, se retiraron las nubes e, inexplicablemente, empezó a diluviar. La sangre seca del cadalso, donde cada luna llena, se veían obligados a sacrificar a un infante, corrió veloz hasta desembocar en el mar. Después, un aullido rasgó el viento y el cuerpo de la bestia rodó ladera abajo hasta quedar a las puertas del pueblo. Tras muchas décadas de sufrimiento volvían a ser libres.

José Manuel Morales Bellido

LA CURIOSIDAD MATÓ...

El incendio que se originó en el almacén arrasó con todo y no dejó en pie títere con cabeza. Cuando los bomberos lograron apagar el fuego descubrieron a un lado del edificio, que había sobrevivido, una pequeña caja de hierro. Desde la calle se oyeron voces de cuatro personas que reclamaban la caja, gritando

—«¡No la toquen, dennos esa caja!»—,

Los bomberos ordenaron que desalojaran la zona. Miguel, José y Daniel miraron la caja atónitos, no tenían claro qué hacer con ella aun incandescente y decidieron regarla con agua hasta lograr enfriarla casi por completo, José agarró el hacha, rompió el candado y la pequeña puerta del baúl se abrió en explosión. En el interior resplandeció una luz roja que iluminó la oscuridad del almacén y de ella emergió un pequeño ser. Su cuerpo arrugado, de un tono gris, carecía de pelo, largas orejas puntiagudas sobresalían de su cabeza e, incrustados en la frente, despuntaban dos diminutos cuernos de color negro y de sus dedos escuálidos brotaban afiladas garras. Levitando sobre la caja permaneció con los ojos cerrados. Los tres bomberos, sorprendidos, le miraron de cerca y el pequeño ser abrió sus mustios ojos negros donde se reflejaba la imagen de Juan, José y Pedro. Los tres bomberos no salían de su asombro al ver esa figura. El espécimen extendió su brazo, y José estaba decidido a tocarlo, pero tras ellos una voz gritó

— ¡No lo toque! Si lo hace, no vivirá para contarlo.

— ¡No debería estar aquí!— Le reprocharon. Pero el hombre les advirtió que ese era su almacén y le pertenecía todo lo que había en él, incluida esa caja que no debieron abrir. Emitiendo el sonido de huesos que crujen, aquella forma de vida torció el cuello y preguntó

— ¿Quién perturba mi sueño?—

El hombre, en postura de sumisión, se dirigió a él

—Mi señor, estos humildes mortales le han despertado de su letargo.

El ser abrió su mano para que callara, y entornando los ojos miró a los tres bomberos y se relamió con su lengua viperina, «*Ummm... ¡Tres almas!*».

José despertó en el hospital y se tocó la frente pensando en la pesadilla que había tenido, buscó a sus compañeros pero, al no verlos, preguntó a una enfermera.

— ¡No!, pero alguien le trajo una caja—, dijo la enfermera señalando hacia una mesa.

José no salía de su asombro: otra vez la caja del almacén. Se acercó sorprendido dudando si abrirla o no y al levantar la tapa, ahí estaban, las cabezas decapitadas de sus compañeros y del hombre que reclamaba la caja. Se le encogió el corazón al verlas. Entre ellas, parpadeaba un ojo negro y mustio que mira a José susurrándole: «*Quiero más*».

Asun Aroca

LA LLAVE HUÉRFANA

Sobre las cenizas de lo que había sido el almacén de su padre, Lucía sostenía entre las manos el único objeto que se había librado de las llamas: Una pequeña caja de hierro, que su progenitor guardaba con mucho celo en un cajón del despacho, originando toda una leyenda.

Varias personas observaban con interés cómo la muchacha, con una lentitud pasmosa, giraba el pestillo hasta liberar la cerradura y levantaba la tapa. La expresión de desconcierto de su rostro fue palpable.

Una pequeña llave y una nota:

"Hija, esta llave abre la puerta que se esconde detrás de la estantería de mi despacho; allí guardo todos nuestros ahorros. La habitación está repleta de billetes. Si estás leyendo esto es porque he muerto. Es todo para ti."

La muchacha levantó la vista hacia los allí reunidos y lanzando un grito de rabia cayó al suelo de rodillas. Lloraba de impotencia y de ira. Siempre habían vivido humildemente. Estaba convencida de que su economía era muy precaria y ahora....se había llevado todo con él. ¡Qué insensato!

Pasados unos minutos se puso en pie y abriéndose paso entre los presentes se alejó para no volver jamás.

Isabel Casillas

BESOS PERDIDOS

La alarma sonó en el Parque de Bomberos justo en el instante en el que Toni abría su *táper* y vislumbraba su colorida ensalada de salmón con aguacate. Se cuidaba mucho y la alimentación era vital para presumir de ese cuerpo que fue muy alabado en el último almanaque benéfico, donde participaron todos los compañeros. El alimento quedó pospuesto, bajo su cierre hermético, para otra ocasión.

El almacén municipal, que contenía las cosas más variopintas, ardía sin cesar y un humo negro y denso escapaba del recinto por donde podía. La composición de los materiales apilados y una ventilación excesiva hizo, de aquella mole enclaustrada, un montón de cenizas en un tiempo récord. Aplacado todo aquello y, según el protocolo, Toni fue el primero en entrar en la nave para certificar lo que todos sabían. Allí, medio encubierta, sobre una derrotada estantería metálica, envuelta en cenizas y de un hollín inmisericorde, se encontraba aquella cajita de hierro salvada del fuego. Él, con sus guantes ignífugos, supo transmitir toda la delicadeza posible que le dejaban esas manazas, para separar la suciedad, abrirla y poder ver su contenido.

La cola humana era inmensa para acceder a aquella exposición municipal y poder ver el objeto liberado de las llamas. En su día, con las prohibiciones y los distanciamientos, a un preboste local se le ocurrió colocarla en el mismo sitio y que la gente pasase ante ella y hacerla depositaria de los besos no dados, ausentes, arrojados y fluyendo como desperdicios por el albañal hacia ninguna parte.

En ese momento, como en un doble acto de fe, pasaban todos frente a aquella caja vacía para recuperar esa parte arrebatada, y cobrarse lo que les pertenecía por derecho.

José Antonio García Feria

¡HAY QUE ESTAR MÁS AL LORO!

Fue desastroso, nunca antes se había visto en aquel pueblo un fuego como aquel. No quedó absolutamente nada, los bomberos tuvieron que trabajar durante cuatro días hasta conseguir controlarlo. Aquel almacén era uno de los emblemas de la población. Durante más de 150 años, la práctica totalidad de sus habitantes habían vivido de él y gracias a él.

El pueblo se convirtió en un mar de lágrimas, su futuro pendía de un hilo y en aquellos momentos nadie se veía capaz de vaticinar lo que podría ocurrir a partir de aquella pérdida.

Entorno al bar de la plaza se reunían sus habitantes y hablaban entre ellos, lamentando lo sucedido e intentando apoyarse mutuamente, aunque no lo conseguían. La crispación se convirtió en el leitmotiv diario. Todo era negativo, nadie se veía capaz de lanzar una sola palabra de ánimo, la realidad estribaba en que la situación de todos sus habitantes era muy precaria.

En el bar y en la plaza se creaban corrillos, nadie quería vivir en soledad la desgracia. Solo el viejo Samuel, en una punta de la barra del bar, vivía el momento apartado de todo el mundo, no quería hablar con nadie y nadie se le acercaba por su mal carácter.

Al quinto día, el responsable de los bomberos se acercó a la plaza junto al alcalde para hablar con la gente. El fuego ya había sido apagado y también se había determinado su origen, por si alguien podía aportar alguna información.

—Todo empezó en el lavabo de hombres. Es posible que la papelera, la que está al lado de una caja de hierro, fuera el foco, pero todavía no estamos seguros.

Desde el final de la barra se oye a Samuel gritar, riéndose a carcajadas:

— ¡La caja de hierro!, jajajajajajaaaaa.

— ¡¿Quiere callarse, Samuel?!— le gritó Mariano, el dueño del bar.

— ¡La caja de hierro, manda huevos!— espetó Samuel, en medio de una sonora y molesta risa. — ¿Y la caja dónde está?

—Es lo único que se ha salvado— contestó el alcalde, cogiéndole la palabra al bombero.

— ¡¿Y encima se ha salvado?!—

—Sí— respondió el bombero. Y, dirigiéndose al alcalde, le preguntó: — ¿Quién es?

—El viejo Samuel fue durante muchos años el Conserje del Almacén.

Y el bombero, intrigado por las risas de Samuel, se dirigió a él:

— ¿Por qué le hace tanta gracia la maldita caja de hierro, señor Samuel?—. Samuel levantó la mirada con sorna y cuando consiguió la atención de todo el mundo, exclamó con todas sus fuerzas: “*¡EN ESTA CAJA ESTÁ EL EXTINTOR, IMBÉCILES!*”.

Jordi Fornos

EL CICLO DEL FUEGO

La discusión subió de intensidad, igual que el espantoso olor a humo que impregnaba los alrededores del almacén después de que los bomberos hicieran su trabajo. Varias personas se habían congregado frente a las ruinas para reclamar lo único que se había salvado: una pequeña caja de hierro. Cada una esgrimía argumentos de lo más extraño para demostrar su derecho frente a las otras.

Las autoridades tuvieron que intervenir cuando los insultos y palabras malsonantes se convirtieron en empujones, manotazos y algún puñetazo al aire que buscaba impactar contra un rostro desprevenido. Brilló incluso el filo de una navaja y alguien amenazó con ir a buscar la escopeta de caza.

El sargento de policía encargado de mantener el orden, hombre curtido en las peores calles, decidió llevar a las partes implicadas en el conflicto al cuartelillo, bajo amenaza de poner inmediatamente bajo arresto a quienes no acataran sus órdenes. Allí, en un ambiente más fresco y agradable, se aclararía la situación.

Se sentaron alrededor de una mesa. Un agente depositó en el centro la caja que todos miraron con codicia. El sargento la abrió con mucho cuidado, porque todavía estaba caliente. En su interior había un folio plegado. Lo desdobló despacio, lo alisó con el dorso de la mano y empezó a leer en voz alta el texto manuscrito con una caligrafía impecable, que decía lo siguiente: *«Escribir un relato sobre un almacén que se incendia. Todo lo que había dentro se quema menos una pequeña caja de hierro. Varias personas la reclaman con mucha insistencia. ¿Por qué? ¿Qué hay dentro de la caja misteriosa?»*.

Víctor M. Jiménez Andrada

CASO SIN RESOLVER

A Petra Cortés le quedan dos meses para jubilarse cuando un cortocircuito provoca un incendio en la antigua casa del montero, hoy convertido en almacén. Entre las cenizas aparece un cofrecillo de hierro ennegrecido por el tiempo y el humo, que la inspectora reconoce al instante.

Su primer caso fue la desaparición de la hija de los dueños de la finca “Los Palacios”. Se llamaba Blanca de las Nieves. Su madre había muerto cuando ella era muy pequeña y su padre se volvió a casar con una mujer espectacular que ni se encariñó con Blanca, ni se acostumbró a la vida en el campo. Cuando murió su padre, la niña se refugió en casa de los guardeses huyendo de los malos tratos de su madrastra. Vicenta Fernández, la guardesa, hecha un mar de lágrimas le decía a Petra:

—A pesar de lo que ha pasado, la mi niña, siempre está contenta, ¿sabe usted? Es guapa como una princesa, por eso la Señora la quiere tan mal. Siempre *la* tuvo mucha envidia, ¿sabe usted?, porque era mucho más guapa que ella, ¡dónde va a parar!”

Teodoro López, su marido, le contó:

—Ese día la llamó Rufo, el montero. Le dijo que se fuera con él a ver los ciervos. A mí no me gustó, dicen que ese hombre anda con la Señora. Y mira que yo se lo tenía bien advertido, “niña, no te arrimes a esa gente que es peligrosa”. Pero ella se encandiló, porque le gustan mucho los animales y se fue con él. Y ya no la hemos vuelto a ver”

Inmediatamente detuvieron a Rufino Encinas, un tipo grande, fuerte, muy guapo y con una mirada que daba miedo. Petra, a pesar de su juventud y su escasa estatura, no se dejó intimidar, y le plantó cara. Él le contestó de malos modos:

—Joder, y yo qué sé qué se hizo de la muchacha. El ciervo se nos vino encima y tuve que disparar. Ella se asustó y echó a correr, qué sé yo *pa* dónde, yo estaba pendiente del bicho que hasta medio muertos son peligrosos, los cabrones. Quién coño me mandaría a mí llevarme a la zagala, si estas niñatas no valen *pa na*”

También interrogó a la Señora que tenía motivos sobrados para hacer desaparecer a la niña. No solo por envidia, como decía Vicenta, sino sobre todo por dinero: al cumplir los 18 años, Blanca sería la heredera universal de la fortuna de su padre. Pero tenía una buena coartada, estaba en la fiesta de una amiga, a la que acudió la flor y nata de la sociedad. Y todos aseguraban haberla visto. «*Muy oportuno*», pensó Petra.

Peinaron la zona con los perros y lo único que encontraron fue un cofrecillo de hierro que desapareció de la mesa de la inspectora Cortés. Nadie vio nada. Tuvo que soltar al montero y el caso se cerró por falta de pruebas, el único sin resolver de toda su carrera.

Ahora le tiemblan las manos enguantadas al coger el cofre, que se abre solo. Dentro hay una especie de víscera deshidratada y sin color que Petra Cortés entrega a la Científica. Las pruebas de ADN confirmarán si por fin ha encontrado a Blanca de las Nieves.

Belén Gómez

La luz naranja intermitente de un camión de bomberos se alejaba de los restos calcinados de un pequeño almacén.

Juan estaba sentado ante lo que fue su negocio y su vida. El seguro se ocuparía de todo, pero él ya no tenía ganas de seguir luchando, no quería volver a empezar desde cero. A su lado, una pequeña caja de hierro, que le acababan de entregar los bomberos, era lo único que se había salvado de la catástrofe. La caja no tenía llave.

Al día siguiente Juan miró ensimismado la caja que estaba sobre la mesa de su oficina. Por la mañana, su tío Andrés le había llamado para interesarse sobre el horrible incendio que asoló su perspectiva laboral de un plumazo. Así, como de pasada, le había preguntado si se había perdido todo, y antes de que le hubiera contestado, el tío Andrés quiso informarse sobre una pequeña caja metálica, pintada de rojo, creía recordar.

Juan, contestó con evasivas. A fin de cuentas, la caja estaba quemada y no se distinguía la pintura, aunque había un pequeño desconchado rojo en un lateral.

A mediodía, Alberto, el que fuera socio de su padre, había telefoneado y, después de las condolencias de rigor, preguntó por una cajita que podría haber estado en el almacén.

Juan sintió un tufillo de desconfianza al escuchar cómo otra persona se interesaba por esa caja, en un intervalo tan corto de tiempo.

Finalmente, después de unos minutos, Mercedes, su madrastra, a pesar de no tener prácticamente relación con ella desde el fallecimiento de su padre, también había preguntado por el incendio. Y, cómo no, la dichosa caja había vuelto a la conversación.

Juan se sentía intrigado. ¿Qué podría tener, para que esas tres personas se interesaran tanto por ese objeto pequeño y herrumbroso? Justo esas tres personas que habían acabado con las ilusiones e inocencia de su padre, y los habían llevado casi hasta la ruina.

La caja sin llave parecía llamarle desde lejos. ¿Qué contendría?

De pronto, recordó el colgante que siempre llevaba su padre al cuello y que le había entregado cuando se sintió morir. No era un colgante, era una llave. ¿Dónde lo habría puesto? ¿Quizá en el cajón de la mesa del despacho? Sí, ahí estaba, y por casualidad, encajaba perfectamente en la cerradura.

Juan abrió la caja y al ver su contenido esbozó una sonrisa. Su padre, como siempre, había estado al quite para protegerle.

Concha Ibáñez Montero